

digiosamente difundidas por todas las ciudades, por todas las pequeñas poblaciones y hasta por las mismas aldeas, debilitaban el imperio en lo exterior, paralizaban el poder en lo interior, hacían la administración peligrosa y difícil. Los jueces y los gobiernos se ocupaban casi exclusivamente en reprimir los delitos y sediciones de estos genios turbulentos y malignos, que parecían armados á fuego y sangre contra el imperio tranquilo de la verdad y de la virtud.

Lo que se ha dicho de los arrianos, puede aplicarse indistintamente á todos los herejes, porque, salva la diferencia que nace de los diversos dogmas que combatían, se movían todos por un mismo impulso, y por caminos vários marchaban á un término comun, el de hacer prevalecer los delirios de una razón extraviada sobre la fuerza incontrastable de la verdad anunciada por la revelación y explicada por la Iglesia. “Enormes fueron, dice el autor citado, las consecuencias políticas de las herejías; ellas debilitaron y dividieron al mundo romano; los monges arrianos abrieron la Grecia á los Godos; los Donatistas la Africa á los Vándalos; y los mismos católicos, para librarse de la opresión de los Arrianos, se vieron en el caso de entregar la Galla á los Francos. En el Oriente el Nestorianismo ganó á los Indios y fué á unirse al culto de Lama, y á constituir bajo un Dios extranjero la gerarquía y las órdenes monásticas de la Iglesia cristiana. Por otra parte, una multitud de sectas várias, que proscibían el fanatismo griego, se refugiaron confundidas en Arabia; y de la confusión de sus doctrinas, profesadas todas juntamente en el desierto, salió el mahometismo, herejía judaico-cristiana, cuyo odio implacable y ciego contra los adoradores de la cruz, se compone de los odios diversos de todas las infidelidades de que está formada la religion del Corán.”<sup>1</sup>

1 Etud. historiq. V. Discours, II part.

## CAPITULO XXI.

EXAMEN FILOSOFICO SOBRE LAS CAUSAS DE ESTOS TRASTORNOS.—MEDIOS EMPLEADOS POR EL CATALICISMO PARA NEUTRALIZAR SUS EFECTOS.—EL CONCILIO DE NICEA, SU INFLUJO EN LAS CIENCIAS, SUS RELACIONES CON EL GOBIERNO EN LA MARCHA DE LA SOCIEDAD.—LOS APOLOGISTAS Y LOS CONCILIOS.—DEDUCCION FINAL EN FAVOR DE NUESTROS PRINCIPIOS.

Después de haber visto los males enormes que experimentó la sociedad en consecuencia de las herejías, solo nos resta investigar la verdadera causa de semejante trastorno. La misma etimología de la palabra nos introduce ya un tanto en el fondo de esta investigación. La palabra *herejía* quiere decir tanto como *eleccion*. Pero este sistema electivo, que viene muy á propósito cuando se trata de tomar lo mas probable en el fondo confuso de muchas doctrinas problemáticas, es sin duda alguna el mas pernicioso cuando se trata de ciertas verdades que no deben estar á discusión; cuando se trata de los dogmas; cuando se tiene á la vista la doctrina revelada. Convertir esta en asunto de controversia y en objeto de eleccion, es inconcusamente sobreponer los cortísimos alcances del entendimiento humano á la elevación infinita de los pensamientos de Dios. Pero el hecho es que este sistema electivo aplicado á las verdades reveladas, es la fuente de todos los errores, de todos los vicios y de todos los desastres que la herejía precipitó sobre todo el universo. Quiso la razón caminar sola por unas regiones elevadas donde no es posible dar un paso sin la antorcha de la revelación, se aisló de la autoridad, no quiso tener otras reglas que sus propias inspiraciones, y pobló el mundo científico de nuevos errores, de muchos é inconcebibles delirios. ¡Cómo habría podido evitarse tanta ruina! Sometiendo el entendimiento á la fe, ó lo que es lo mismo, asociando constantemente los principios naturales con los dogmas, la razón con la revelación.

¡Qué mejoras pues, repetimos, recibió la ciencia bajo la pluma de tantos heresiarcas? ¡Cuál es el uso que hoy se hace de sus obras en el teatro vastísimo de las ciencias! Arrianos, Donatistas, Macedonianos, Pelagianos, Nestorianos, Eutiquianos, Monotelitas, Iconoclastas, &c. &c., son nombres que conserva la historia, porque la celebridad es un patrimonio comun á los hombres ilustres y á los malvados insignes;

pero sus escritos no figuran hace algunos siglos ni aun en el teatro de la incredulidad. Sin embargo, estas grandes vicisitudes á que han estado sujetas las doctrinas, parecen corresponder á un designio general y eterno de la Providencia. La Iglesia debe ser constantemente combatida, para estar dando en todos los siglos pruebas ilustres de que es incontrastable y perpetua.

Es militante por naturaleza mientras está en la tierra, y parece destinada á vivir de victorias. Estos genios maléficos que la persiguen con el error, sirven sin imaginarlo á designios sublimes, pues contribuyen maravillosamente á acrisolar mas y mas la pureza de la doctrina. Así es que esta serie de impostores nunca atraviesa sola el campo de los siglos, sino siempre paralela á una imponente y gloriosa cadena de genios ilustres, que pasan derramando la luz de la sabiduría por todo el universo. A las nuevas herejías van correspondiendo los gloriosos atletas del cristianismo, las asambleas angustas de la Iglesia. Las verdades reveladas aparecen mas fecundas á medida que avanzan los errores; y nunca mas victoriosos los principios de la sociedad cristiana, que cuando ya cuenta diez y ocho siglos de combates. ¡Queremos una demostracion práctica de la exactitud de estas ideas! Pasemos de la herejía de Arrio y sus consecuencias, al concilio de Nicea y sus resultados generales.

### §. I.

#### *El concilio de Nicea.*

El órden de acontecimientos que se ofrecen al estudio de la ciencia social, y tuvieron su origen en el concilio de Nicea, puede considerarse como la historia política de la Iglesia. Hasta la conversion de Constantino aquella institucion divina no habia comenzado, digámoslo así, á presentar en sí misma las formas externas de una sociedad visible, tranquilamente sentada sobre sus basas de organizacion, y desarrollando, á la vista de los soberanos, todo el sistema de su poder. Mas cuando aquel emperador hizo cesar la persecucion, que tan cruelmente se habia ejercido por espacio de tres siglos, y aseguró la paz á la Iglesia, comenzó esta á presentar el aspecto de una sociedad interna y externa, el sistema de un poder que al mismo tiempo obraba en los sentidos y en el alma, en los pensamientos y en las acciones, en los individuos y en las masas; entonces fué cuando se hizo mui ostensible la accion de su gobierno, manifestándose

se con absoluta distincion el uso de su poder legislativo, ejecutivo y judicial. Los grandes comicios de la Iglesia, sus juntas particulares, su gerarquía, sus dignidades todas, su inmunidad real y personal, sus fueros, la influencia de sus ministros en la administracion del Estado, y cuanto de perfecto y grande nos muestra la historia de esta sociedad en el órden político, comienza en esta época, y se anuncia con todo el esplendor de su majestad en el concilio de Nicea. "Fué entonces, dice Chateaubriand, cuando se tuvo la primera idea y se vió el primer ejemplo de una sociedad existiendo en diversos climas, entre leyes locales y privadas, y sin embargo, independiente de los príncipes y de las sociedades bajo los cuales y en las cuales estaba colocada; pueblo formando parte de los otros pueblos, y sin embargo, aislado de ellos; enviando á sus diputados desde los últimos extremos del universo á tratar negocios que no concernian sino á su vida moral y á sus relaciones con Dios. ¡Cuántos derechos tácitamente reconocidos por esta fractura de los sellos del poder sobre el pensamiento y sobre la voluntad!"

"Por la primera vez, desde los dias de Moises, emancipador del hombre entre las naciones esclavas de la ignorancia y de la fuerza, se renovó la manifestacion divina del Sinaí. Los ídolos estaban en pié al rededor del concilio de Nicea, como en torno del campo de los hebreos cuando los intérpretes de la nueva lei proclamaron la suprema verdad del mundo; la existencia y la unidad de Dios. Las fábulas de los sacerdotes, que habian ocultado el principio vivo, los misterios en que le tenian envuelto los filósofos se desvanecieron: el velo del santuario se rompió con la cruz de Jesucristo; el hombre vió á Dios frente á frente. Entonces fué compuesto ese símbolo que los cristianos repiten quince siglos há por toda la superficie del globo; símbolo que explicaba aquel de que se servian los apóstoles y sus discípulos, como de palabra de órden para reconocerse. Comparando uno con otro, se notan los progresos del tiempo y la introduccion de la alta metafísica religiosa en la simplicidad de la fe."<sup>1</sup>

El espíritu humano se desprendió de sus pañales: la alta civilizacion, la civilizacion intelectual salió del concilio de Nicea, para no eclipsarse jamas mientras estuviese favorecida por ese punto de luz. El simple catecismo de nuestras escuelas, este primer libro de la infancia católica, encierra una filosofía mas profunda y sublime que todas las obras de

<sup>1</sup> Etudes historiques. Discours II, part. I.

Platon. "La unidad de Dios vino á ser desde entónces la creencia popular. De esta sola verdad reconocida data una revolucion radical en la legislacion europea, largo tiempo desquiciada y precaria por el influjo del politeismo, que colocaba una impostura como el fundamento del edificio social."<sup>1</sup>

Tal fué pues, así para la moral como para la política, la magnitud de este primer concilio general que cuenta la Iglesia desde que se unió con el Estado. Mas para comprender la influencia que tuvieron en las ciencias morales y sociales todos los demas sucesos que se refieren á Nicea como á su primer origen, conviene reflexionar que á este orden pertenecen los concilios, las doctrinas, los apologistas; y que en el estudio de esta historia descubrimos las causas de esa sorprendente estabilidad con que la Iglesia se ha conservado al través de todas las vicisitudes políticas y entre los reiterados ataques de todo género, que han mantenido constantemente en accion su poder intelectual y moral sobre la razon y las costumbres.

Siempre sóbria en el uso de sus recursos inagotables, la Iglesia todo lo proporciona á las necesidades diversas, á las circunstancias y á los tiempos. Cuando se armó el brazo de los Césares á fin de exterminarla, ganó al mundo pagano con la heróica y santa muerte de sus hijos. Cuando vió aparecer sobre su horizonte el fris que anunciaba ya la mas tranquila serenidad al cabo de una borrasca deshecha, que se habia prolongado por tres siglos, llevó su luz y su fuerza espiritual á la morada de los reyes, aceptó la intervencion que estos quisieron otorgarle, y desde entónces tomó á su cargo la civilizacion de los pueblos y el bienestar político y civil de toda la especie humana. Por último, vió rebelarse contra ella á sus propios hijos, vió tremolar al frente de su trono el estandarte de la herejía; y cuando ya no fueron eficaces los esfuerzos individuales de los apologistas, se presentó desde Nicea con todo el aparato magnífico de su poder, condenó la doctrina de los herejes, definió los dogmas, formó su símbolo y dictó sus primeras leyes á todo el mundo católico. Tal fué y ha sido siempre la conducta de la Iglesia. Cuando se levantan nuevos errores, deja la obligacion de sostener el combate á sus ilustres escritores, y se limita á condenar las doctrinas erróneas por la voz de su Gefe visible. Mas cuando las controversias se exageran hasta agitar profundamente la sociedad, cuando el círculo de la revolucion intelectual se ensancha extraordinariamente hasta el extremo

<sup>1</sup> Extracto de la misma obra.

de agitar las conciencias, convoca á los pastores, celebra sus concilios ecuménicos, define los dogmas, dicta leyes para el arreglo de las costumbres y reforma la disciplina general. ¿Qué resulta de aquí? Que el orden de acontecimientos en que al presente nos ocupamos, nos hace recorrer una serie progresiva de conocimientos verdaderos y tambien de diversos errores. La historia de las herejías nos hace pasar por las muchas y diferentes curvas que ha descrito la razon extraviada, desde que se atrevió á sacudir las trabas tutelares de la autoridad: la historia de los apologistas nos abre los fastos de la ciencia, nos hace comprender que con motivo de los errores mismos ésta ha progresado; pues á medida que se combate la verdad eterna, va mostrando nuevas fáces á la razon humana; la historia de los concilios generales nos deja ver colocados, á las distancias convenientes, en la vasta carrera de los siglos, ciertos puntos de apoyo, en cada uno de los cuales va reposando la razon y va recogiendo nuevas luces y nueva fuerza para proseguir su marcha.

Hemos hecho ver ya, que las herejías, partiendo de la independencia de la razon, atacaron los dogmas, corrompieron las costumbres y trastornaron la sociedad. Hablarémos pues de los apologistas y de los concilios.

## §. II.

### *Los apologistas.*

Hai en las obras de los apologistas un tal incremento sucesivo de conocimientos y de luces, que pueden tenerse sin duda, como la historia mas fiel de los progresos del entendimiento humano en el estudio de la verdad religiosa, política y filosófica, y por consiguiente, de la ciencia social. Ya hemos advertido en otra parte, que el progreso de que se trata no afecta en manera alguna á los principios, sino á las pruebas de su origen divino, á sus consecuencias y aplicaciones. Los principios son y serán siempre los mismos, y nada queda por descubrir en este punto; pero las pruebas de su existencia parecen multiplicarse á medida que pasan los siglos, que se suceden las revoluciones y que se agitan las controversias. En el sistema de ataque y de defensa hai una gradacion mui sensible. Primero se combaten los dogmas, y se contesta que están revelados. En seguida se confiesa el hecho, pero se quiere rehusar á la Iglesia el derecho de explicarlos; se responde que la Iglesia tiene este derecho y lo tiene exclusivamente. Cerrada esta puerta, se

niega la autenticidad del hecho y aun la posibilidad de la revelacion; se opone á esta negativa la evidencia que resulta del criterio metafísico, físico y moral. Destruido este atrincheramiento, se elige un nuevo partido, el de confundir la cuestion teológica con la cuestion social, exagerar los derechos del Estado, restringir la autoridad de la Iglesia, declamar contra los abusos y proponer una reforma general. Entónces los apologistas presentan el hilo de todas las tradiciones, el cuerpo de todas las pruebas, la catolicidad y unidad de la Iglesia; y descendiendo, por último, á la cuestion social, oponen la incontrastable firmeza del mundo católico á la continua versatilidad del mundo *reformado*, la unidad de la Iglesia verdadera á las variaciones continuas y numerosas de las Iglesias protestantes. Esta nueva derrota, lejos de abatir para siempre á los perseguidores de la Iglesia, les infunde nuevo aliento y un entusiasmo mayor: es el último arrojito del despecho y el espantoso frenesí de la desesperacion. Entónces la razon arrasa todos los diques y sacude todas las trabas: no quiere reconocer ni verdades ni errores: rehusa todo conocimiento que no se deba á sí misma; y desde luego niega y combate igualmente cuanto nos ha revelado Dios, enseñado la Iglesia, mostrado el sentido moral, predicado el universo entero; es decir, hasta la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Llegado este caso, los apologistas recurren á su turno á todas las pruebas, manifiestan las relaciones científicas del principio revelado, demuestran todas las verdades. No son ya, digámoslo así, exclusivamente teólogos: son los controversistas que demanda un ataque tan general; son filósofos, políticos, y hacen servir á la causa que defienden el gran sistema de los conocimientos humanos. Tales son respectivamente los caracteres que han ido presentando á su vez la época de las herejías, la época de la reforma y el siglo XVIII; y de aquí podemos partir para sentar, como una cosa evidente, que si los apologistas del cristianismo se ven, y con razon, como los verdaderos depositarios de la ciencia en sus principios fundamentales, ó los dogmas, en los argumentos evidéntísimos de credibilidad, en sus vastas y numerosas consecuencias, en sus frecuentes aplicaciones á la organizacion de los Estados, á la formacion de los códigos, á la civilizacion de los pueblos, á la reforma de las costumbres y al bien positivo de la humanidad; si examinando sus obras, los vemos continuamente asidos de la lei revelada, adheridos con toda su fuerza intelectual á la autoridad dogmática de la Iglesia, y triunfantes en todas las controversias; si en estos

escritos vemos progresar la lei con el trascurso de los siglos, la verdad mas firme á medida que se combate, mas profunda á medida que se conoce, mas fecunda en bienes á medida que se aplica; preciso es convenir en que este torrente de luz y de bien, es debido á la union estrechísima de la lei natural con la lei revelada, del raciocinio con la autoridad, de la persuasion con la creencia; y por último, que si tal union ha hecho progresar de continuo los conocimientos científicos, es precisamente porque ella ha sido siempre una necesidad filosófica para la ciencia, puesto que el aislamiento de la razon produjo los heresiarcas; y su adhesion á la autoridad, los apologistas.

### §. III.

#### *Los concilios.*

Vengamos ahora á la historia de los concilios para considerarlos bajo dos aspectos generales, esto es, con respecto á la sociedad religiosa y en órden á la sociedad política; lo cual vale tanto como verlos en sus relaciones científicas con la perfeccion moral y social. Considerados bajo el primer aspecto, presentan el espectáculo, único en la historia, de la unidad mas completa y verdaderamente maravillosa de los principios y los dogmas, profesados sin alteracion ninguna por todas estas juntas generales de la Iglesia, en medio de todas las controversias malignamente suscitadas y tenazmente sostenidas por los herejes é incrédulos durante el curso dilatado de muchos siglos. Desde el concilio de Nicea hasta el concilio de Trento, hallamos en la historia de la Iglesia una serie numerosa de estos actos solemnes, en que la Iglesia toda explica su creencia y su sabiduría desde el centro de sus juntas ecuménicas. Reunidas en reinos y ciudades diferentes, en diferentes siglos, con ocasiones diversas, tal vez en medio de mil vicisitudes, entre las vivas agitaciones de las controversias políticas y religiosas, y cuando la sociedad ha sufrido los mas fuertes sacudimientos; compuestas de miembros extraños los unos á los otros, en idioma, nacimiento, origen, &c. &c., pronuncian, sin vacilar, la mas pública y solemne profesion de los dogmas y principios generadores de la sociedad religiosa, fijan las reglas invariables de las costumbres, y establecen y reforman la disciplina general. Sin embargo de una diversidad tan absoluta de tiempos, lugares, circunstancias, motivos y personas; á pesar de que en estas juntas generales se hallaba siempre

cuanto de mas ilustre y eminente iba presentando la sociedad; sin embargo de concurrir allí los genios mas esclarecidos, los talentos mas gigantescos, los sabios de primer orden; sin embargo de que en estas asambleas cada uno hacia un uso plenísimo de sus noticias, de sus conocimientos y de su raciocinio, motivos todos para esperar un desacuerdo absoluto en los principios, en las opiniones, en las decisiones, &c. &c., como lo acredita suficientemente la historia de las juntas meramente profanas y el conocimiento del hombre científico, casi siempre dominado por el orgullo de la ciencia: sin embargo de todo, descubrimos con admiracion la mas perfecta conformidad en los principios, en los dogmas, en la verdad social, el reconocimiento mas uniforme y explícito de las mismas leyes divinas. Ninguna diferencia sustancial en las decisiones dogmáticas, ninguna circunstancia que altere en lo mas pequeño el gran cuerpo de la revelacion.

Comparemos ahora en sus resultados generales estas juntas soberanas de la Iglesia católica con los concilios, los senados, las cortes, los estados generales, las grandes convenciones, los congresos, los consejos políticos y todas las diversas asambleas que cuenta la historia de la sociedad civil. ¿Podemos lisonjarnos de hallar aquí un fenómeno semejante al que nos presenta la Iglesia! ¡Ah! Difícil sería por cierto enumerar la portentosa diversidad de sistemas, la sucesion estupenda de combinaciones políticas, la heterogeneidad suma de principios y de máximas que se han sucedido en la prolongada serie de todas las asambleas deliberantes que numera la historia de las instituciones políticas. Prodigiosa en extremo es la variedad y oposicion que reina en los antiguos y modernos publicistas; y sin embargo, ninguno de ellos se ha quedado sin parte en la boga que concede á las opiniones reinantes el espíritu de novedad. Y es mui digno de notarse, que si hemos visto alguna mas firmeza de principios en la sociedad moderna; si se ha conseguido someter largo tiempo algunas naciones á la influencia de unos mismos dogmas políticos, esta es obra del cristianismo y efecto del poder moral que alguna vez ha ejercido sobre las instituciones. ¿Qué consecuencia deducir de un paralelo tan ventajoso para la Iglesia! Ella es una sociedad lo mismo que el Estado, está compuesta de hombres lo mismo que el Estado, unida por relaciones esenciales lo mismo que el Estado, tiene un objeto comun como el Estado, y un objeto particular como él; da leyes, las ejecuta y aplica lo mismo que el Estado: si ejerce un poder in-

visible sobre las conciencias, ejerce tambien una fuerza visible sobre acciones externas lo mismo que el Estado: en la economía de su constitucion hallamos la causa, el medio y el efecto, lo mismo que en el Estado; en el desarrollo de su autoridad hallamos el poder, el ministro y el súbdito lo mismo que en el Estado. Sin embargo de todo esto, ¿qué diferencias tan enormes no descubrimos entre los concilios y los congresos, entre los símbolos y las constituciones! Allá concordia, aquí discrepancia; allá constancia, aquí versatilidad; allá unidad, aquí division; allá fijeza, aquí inestabilidad; allá firmeza, aquí debilidad; allá prevalece lo antiguo, aquí triunfa lo nuevo. ¿Cómo explicar todo esto! De un modo mui sencillo. En los concilios decide la autoridad y auxilia el raciocinio; en las juntas políticas obra el raciocinio y decide el interes: allá preside la creencia, acá gobierna la persuasion; allá, por último, habla Dios ilustrando y dirigiendo la razon humana, y acá habla el hombre impulsado siempre por el deseo de deberlo todo á su inteligencia. Esta oposicion en las causas produce por necesidad la oposicion en los efectos, y explica suficientemente dos fenómenos igualmente maravillosos, esto es, la unidad constante de todos los concilios de la Iglesia, y la perpetua division y continuo desacuerdo de las grandes juntas políticas de los Estados. ¿Cuál es la consecuencia que debemos inferir de aquí! Que pues la organizacion social está sometida á principios tan inmutables y divinos como la Iglesia católica, ha sido en todos tiempos, es hoy y será siempre necesario, que la ciencia del gobierno, la ciencia de la sociedad, ó lo que es lo mismo, la Jurisprudencia universal, haga caminar siempre juntas la revelacion y el raciocinio; aquella para conservar siempre intacta la unidad y firmeza de los principios; y este para deducir con toda rectitud sus verdaderas consecuencias y asegurar en todo sentido sus netas aplicaciones.

En cuanto á la influencia política de los concilios en lo que puede referirse á la ciencia, poco tenemos que añadir á lo que dejamos expuesto á propósito de la legislacion europea. Esta, y señaladamente la española, no puede separar su historia de la de aquellas juntas de la Iglesia. Se sabe mui bien que los concilios de Toledo formaron los primeros códigos de España, crearon allí un Derecho público, y dieron al Estado cuantos conocimientos empleaba en la direccion de los negocios políticos. Por lo demas, ya hemos hecho ver en otra parte, que el bien de la sociedad está vinculado principalmente en la infalibilidad de las doctrinas, que esta infalibilidad solo puede hallarse en la autoridad

divina, en la lei revelada: de aquí podrá inferirse cuánto influjo habrán tenido los concilios ecuménicos en la conservación de los principios sociales, puesto que estos, como sabemos, y probarémos adelante, son depositarios de esa autoridad infalible sobre los dogmas y la moral, es decir, sobre los verdaderos principios de una buena legislación.

### CAPITULO XXII.

TERCERA EPOCA.—LA REFORMA PROTESTANTE.—ANTECEDENTES Ó CAUSAS IMPULSIVAS DE LA REFORMA.—SU ORIGEN NOMINAL Ó PERSONAL.—PRETERMISION SOBRE SU HISTORIA PARTICULAR.—SUS CONSECUENCIAS.—SUS RELACIONES CON EL PODER TEMPORAL.—ENRIQUE VIII.—ELEMENTOS CISMATICOS QUE ENTRAÑA.—PARALELO ENTRE EL PROTESTANTISMO Y EL CATALICISMO, BAJO EL ASPECTO QUE PRESENTAN LAS IDEAS DE REFORMA.—DEDUCCION FINAL EN FAVOR DE NUESTROS PRINCIPIOS.

Ya es tiempo de hablar de la época tercera que asignamos, y es la reforma protestante: acontecimiento tan fecundo en errores, como en desastres, y que ha suministrado tanta materia á la historia como á la filosofía. ¿Qué no podria decirse sobre esto? Sin embargo, nosotros debemos limitarnos á reflexiones muy generales, pues no nos permiten extendernos mas los límites de este opúsculo, ni es indispensable entrar en muchos pormenores en un hecho tan conocido y sobre el cual aun tenemos á la vista muchos datos en la historia contemporánea.

Las vicisitudes diversas que experimentó la Iglesia en sus relaciones con el Estado, la decadencia lastimosa de las costumbres, que se anunciaba ya hasta en el respetable cuerpo del clero, el progreso y multiplicidad de las herejías, que se irritaban á medida que eran victoriosamente combatidas, la convicción casi general de todos los heresiarcas de que el sistema de ataque observado hasta entónces seria siempre inútil y positivamente infructuoso; todas estas circunstancias prepararon contra la Iglesia esa nueva guerra que bajo el título de *reforma* le han hecho desde el siglo XVI todos los impíos y muchos de los soberanos. Habiendo comprendido que no adelantaria nada con atacar directamente los dogmas, el espíritu de la incredulidad se dirigió desde luego contra la autoridad de la Iglesia; levantó un grito de rebe-

lion contra las decisiones pontificias; comenzó por combatir las indulgencias, y acabó por otorgar á los monarcas un absoluto poder en lo espiritual: comenzó negando á la Iglesia su autoridad docente, y acabó distribuyendo pródigamente á cada uno de los súbditos la mas omnimoda libertad para fijar la inteligencia de los dogmas y determinar el sentido de los Libros revelados. ¿Qué resultó de aquí? La mas completa anarquía en el pensamiento político y en el pensamiento religioso: anarquía que en muy poco tiempo arruinó las doctrinas, sacudió fuertemente las instituciones, introdujo la tiranía en los gobiernos, y esparció pródigamente la semilla de las revoluciones políticas en el espíritu de los pueblos.

El primer caudillo de esta persecucion, la mas fecunda en desastres que se ha visto jamas, fué Martin Lutero, al cual siguieron muy pronto Calvino y otros muchos. La deplorable fecundidad de estos genios turbulentos é impíos precipitó sobre la Europa un caudaloso torrente que al cabo de tres siglos no ha podido agotarse. Ellos, cada uno segun su sistema, procuraron asociar contra el reino de Jesucristo la doble fuerza del pensamiento y del poder físico. En extremo diestros para tocar los resortes mas delicados del individuo, cuidaron de exaltar las pasiones, cuyo desarrollo debia favorecer mejor á la ejecución de sus miras. Sentaron como un principio la supremacía de los reyes en el órden espiritual; exaltaron, en consecuencia, su poder sobre la Iglesia misma; y este nuevo órden de ideas facilitaba todos los recursos á las pasiones diferentes de los soberanos. De estas observaciones podemos partir para explicar el establecimiento y progreso de la reforma en varios reinos de Europa, no ménos que su influjo decisivo en las revoluciones filosóficas y políticas que de ese tiempo á esta parte han agitado con una fuerza destructora toda la sociedad. “La reforma, dice Bonald, obra de la codicia de los príncipes de Alemania, del amor criminal de un rei en Inglaterra, y del gusto por las novedades en Francia, ha sido en los tiempos modernos el acontecimiento mas funesto para la sociedad, y la causa próxima ó remota de todas las revoluciones que han agitado á la Europa desde el siglo XV á esta parte, de todas las guerras que la han ensangrentado; y si la sociedad ha de acabar, no dudo mirar este acontecimiento como el primer toque que anuncia la consumacion de esta última catástrofe.”<sup>1</sup>

Trazar la marcha progresiva que siguió la herejía de Lute-

<sup>1</sup> Demonstration philosophique du principe constitutif de la société, Chap. XX.

ro; enumerar todos los dogmas que combatió descaradamente; analizar sus controversias; repasar la serie prodigiosa de sectas, no solamente diversas, sino aun contradictorias que salieron de su escuela; seguir el curso rápido de estas doctrinas; pintar sus combates y las desolaciones que produjeron en la Europa; ponderar los males que sufrió la sociedad en consecuencia del protestantismo; describir con fidelidad el cuadro lastimoso que han presentado por tres siglos las variaciones de las iglesias protestantes: he aquí una empresa de aquellas que han puesto en accion á los primeros talentos del mundo, que han enriquecido la historia y fecundado las ciencias con obras esclarecidas; pero no un trabajo que exige indispensablemente nuestro plan. Apénas hai cosa mas conocida que el origen de la reforma; y aunque de un modo general, los hombres medianamente instruidos tienen formada sobre el protestantismo una idea, que si no puede llamarse completa, suministra sin embargo los datos suficientes para comprender á primera vista que la reforma protestante, léjos de haber traído algunas ventajas á la ciencia, la hizo retrogradar positivamente, ó para mejor decir, desnaturalizó sus principios, extravió sus consecuencias, pervertió sus aplicaciones, é introdujo de este modo el error y la confusion donde habian de reinar constantemente la verdad y la exactitud.

## §. I.

*Principios y carácter de los reformadores.*

¿Qué otra cosa debia esperarse de la reforma protestante! Si atendemos á sus primeros doctores, encontramos unos hombres corrompidos hasta la médula de sus huesos, terminando con una muerte desastrada una vida henchida de desórdenes. Si buscamos la influencia social de esta doctrina, Enrique VIII se ofrece á nuestro espanto bajo el emblema de un monstruo que todo lo envenena con su aliento, y todo lo destruye con su tacto. Si tratamos de reunir los principios dominantes de la ciencia, las consecuencias que con ellos se ligan, la influencia favorable de las doctrinas en la legislacion y en los negocios públicos, nuestro trabajo es inútil, pues á los primeros pasos quedamos sumergidos en el torrente de las contradicciones. La sociedad religiosa es una reunion de capricho, es una nave que fluctúa á discrecion del viento que prevalece; y la sociedad política, desprovista en lo absoluto de aquella garantía religiosa que no

puede hallarse donde falta la mision, lucha con todos los inconvenientes, y no reporta mas ventajas positivas que las que deben esperarse del frio cálculo del egoismo público y privado. Oigamos á este propósito á un escritor moderno, el cual adquirió en la escuela del mundo grandes lecciones de sabiduría. "Hace tres siglos, dice, que nació el protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania, en América, y practicado por millares de hombres; ¿qué monumento ha elevado! El os mostrará las ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardines, ó establecido algunas manufacturas."

"Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de las edades, á la antigua sabiduría de los viejos, el protestantismo se desprendió de lo pasado, para plantar una sociedad sin raíces. Confesando por padre á un monje alemán del siglo XVI, el reformado renuncia desde luego á la magnífica genealogía que hace remontar al católico por una serie de santos y de grandes hombres hasta Jesucristo, de aquí á los patriarcas y hasta la cuna del universo."<sup>1</sup>

## §. II.

*Consecuencias de tal sistema en la sociedad y en las doctrinas.—Enrique VIII.—Variaciones de las iglesias protestantes.*

Era pues imposible que sobre basas tan efímeras pudiera levantarse un edificio sólido, ni ménos que un desprendimiento tan absoluto de la autoridad revelada dejara de arruinar completamente los verdaderos principios de la ciencia. En otro lugar hemos hecho ver cuánto se interesan la perfeccion de la ciencia y el bien de los Estados en la infalibilidad de las doctrinas, así como tambien que esta infalibilidad no puede ser obra del hombre. ¿Cómo pues el protestantismo, que destruye la única autoridad docente que hai en la tierra, con solo dejar al discurso privado de cada uno la interpretacion auténtica de los dogmas revelados, habia de obtener esa infalibilidad! Examinemos las consecuencias que deben resultar naturalmente de tan monstruoso sistema. El soberano temporal se declara gefe de la Iglesia; mas como no puede presentar ninguna mision, ni aun conciliarse el respeto público con la certeza de sus decisiones, está continuamente expuesto á la burla de todos los hombres. Fi-

<sup>1</sup> Chateaubriand. Etud. historiç. Préface.

gurémonos á Henrique VIII gefe de la Iglesia, y al mismo tiempo repudiando á una esposá para honrar con este título á una cortesana prostituida; mandando á esta al cadalso para tomar otra, &c. &c.; cometiendo asesinatos, alarmando el pudor, asaltando la propiedad, prostituyendo el sacerdocio á sus pasiones, persiguiendo de muerte á los ministros fieles, y sentando la lascivia, el pillaje y la tiranía sobre el antiguo trono de los Eduardos, y comprenderémos lo que debía importar para el mundo la reforma de Inglaterra. Por lo demas, nadie ignora que la libertad del protestantismo en materia de interpretacion de los libros santos ha poblado la Europa de sectas contradictorias y reciprocamente enemigas. ¿Qué partido hará la ciencia de nuestros deberes entre esa multitud de dogmatizadores? Ninguno; y lo peor es que hai entre ellos un principio comun que los obliga á admitir y tolerar cuantos nuevos heresiarcas aparezcan en la serie de los siglos, puesto que, segun ellos, *la razon de cada particular es el único juez, la única luz, el único testimonio de la verdad*. “No puede pues el protestantismo por esta causa establecer moral cierta: no moral fija, pues debe seguir todas las variaciones de las opiniones individuales: no moral reconocida como obligatoria para todos, pues siendo la razon de cada uno, así en la moral como en los dogmas, independiente de la razon de los demas, ninguno puede obligar á otro á recibir la moral que él adopta para sí, así como no puede imponer una obligacion de admitir los dogmas y opiniones que por su parte admite.”

“Así que, si un hombre, por ejemplo, sostiene que las *buenas obras* son inútiles para la salvacion, y que el hombre, una vez justificado delante de Dios, está seguro de salvarse, por mas crímenes y pecados que despues cometa; un protestante, á pesar del horror que debe inspirarle semejante doctrina, que destruye la moral por sus cimientos, no podría condenar al que la profesa; puesto que este, al adoptar esta doctrina que su razon cree hallar en la Biblia, no hace sino usar del derecho de la interpretacion particular reconocido por los protestantes; y de hecho, estas abominables máximas han sido formalmente sostenidas por los dos gefes del protestantismo, quienes las establecian como el fundamento de su moral, y pretendian leerlas claramente en la Biblia. Partiendo del mismo principio, los anabaptistas sostenian que para ejecutar las órdenes del cielo, debian los impíos acabar, degollar, confiscar sus bienes, establecer un nuevo mundo, y otros horrores que seria largo referir. Las otras sectas protestantes se levantaron con indignacion contra es-

ta doctrina; pero como ella reposaba igualmente sobre el principio comun de la interpretacion particular, se veian obligadas á tolerar esta moral, para que se tolerase la suya. ¿El homicidio es crimen que excluye de la vida eterna? Sí, respondian muchas sectas de la reforma: no, contestaban los socinianos, á ménos que no se haga por un hábito continuo. ¿Quién será el juez entre ellos? ¿La razon? Cada uno invoca la suya. ¿La Biblia? Cada uno la interpreta á su modo. Debía pues admitirse la moral de los socinianos á la tolerancia comun. Preséntese un fanático que, con la Biblia en la mano, sostenga como el fundador de los *familistas*, que es bueno perseverar en el pecado, á fin de que la gracia pueda abundar mas; ó como los *antinomianos*, que el adulterio, el incesto, el homicidio hacen mas santo al hombre en la tierra, y mas bienaventurado en el cielo; en una palabra, que sostenga cuanto se le antoje, será lo mismo. No hai punto alguno de la moral cristiana que el protestantismo pueda afirmar es necesario arréglar á él su conducta, por la razon de que no hai un dogma de que pueda afirmar es necesario creer ó someter á él su razon; y así como su símbolo se puede reducir á este solo artículo: *creo todo lo que me parece verdadero*, su código de moral puede reducirse á este: *yo debo practicar todo lo que me parezca bueno*: fórmula de moral á que todo hombre, sean cuales sean sus pasiones, se allanará fácilmente, como lo haría, fuesen cuales fuesen sus errores, á la fórmula de fe que le corresponde.<sup>1</sup>

No necesitamos de otra cosa para comprender que la reforma protestante es esencialmente destructora de la moral, del Derecho divino, de la ciencia verdadera. Si pasamos del pensamiento á la accion, de las doctrinas á los hechos, ¿qué ventajas positivas han reportado en consecuencia de la reforma esas sociedades diversas que han abandonado á la Iglesia? “Los protestantes, dice La Mennais, decaidos del “cristianismo verdadero, sufren mas fácilmente el poder arbitrario por todas partes, mientras declaman por hábito “contra el poder absoluto. La Dinamarca se ha colocado “por sí misma con toda espontaneidad bajo una autoridad “despótica. La Prusia está regida militarmente.” Ningun pueblo católico soportaria lo que soporta el pueblo inglés de la tiranía industrial, que para saciar su codicia ha reducido,

<sup>1</sup> Carta de Mr. Laval, ex-ministro protestante, á sus antiguos co-religionarios: inserta en la Biblioteca de la religion, t. 13, pág. 189. (Primera edicion española.)



no es mucho decir, á una esclavitud real una parte de la poblacion. En esta *tierra clásica de la libertad*, cien mil personas embarazan habitualmente las prisiones, mientras el resto, contenido por leyes de hierro, vive ó muere al capicho de los señores, de quienes depende, así en el trabajo, como en la recompensa de su trabajo, la clase que no posee nada. Cuando á la faz del lujo y la opulencia el hambre siega por millares á los pobres, el gobierno, arrojándoles con una mano el pedazo de pan legal, y mostrándoles el sable con la otra, les dice: ¡qué mas pedis!

### §. III.

*Una ojeada sobre la condicion intelectual, moral y social de la humanidad en los pueblos protestantes; paralelo entre ellos y los pueblos católicos.*

“Considerad en general esos países separados del catolicismo; la Inglaterra, la Rusia: en ninguna parte hallaréis un pueblo tan embrutecido como en ellos, tan desprovisto de sentido moral, tan extraño á las ideas intelectuales, á cuanto eleva al alma y ennoblece la existencia humana. Salid de este fango, subid: ¡qué véis en las clases mas elevadas? La pasion del oro, una solicitud ardiente de goces físicos; los cuidados, los pensamientos, los deseos convertidos exclusivamente hácia el bienestar material. Hai al contrario entre los católicos cierta dignidad de costumbres, que arroja sobre este sibarismo el desprecio y el ridículo. El hombre entre ellos es tanto mas grande, é inspira tanta mayor estimacion y respeto, cuanto mejor sabe pasarse sin la riqueza y hacerse independiente de las cosas exteriores. Sufrir sin pena las privaciones, imponérselas aun voluntarias, luchar con el cuerpo y vencerle por la fuerza de la voluntad; he aquí lo que hace palpitar su corazon de una noble admiracion. Su vida propia es la vida del alma. Por esta causa se afectan de ordinario mui poco de ciertos vicios de administracion que no interesan sino al orden material: sufrirán mucho en esta línea, acaso mucho mas que los protestantes; pero el desórden espiritual, la opresion moral, nunca.”<sup>1</sup>

Hemos visto cuáles fueron los efectos de la *Reforma* en la ciencia, en las costumbres, en el poder, en el sentido moral del pueblo, en sus recursos temporales, en sus necesida-

<sup>1</sup> *La Mennais. Des progrès de la révolution, chap. II.*

des privadas y en sus tendencias políticas. A este cuadro, bien triste á la verdad, podriamos oponer para honor y gloria de los verdaderos principios, de la doctrina evangélica, de la feliz concordia entre la autoridad divina y la razon humana, el opulento y magnífico reinado de Luis el Grande, sus generales ilustres, sus sabios eminentes; héroes como Condé, filósofos como Pascal, poetas como Fenelon y Racine, controversistas como Bossuet, oradores como Masillon, jurisconsultos como Domat, magistrados tan ilustres y grandes como D'Aguesseau. Tambien pudiéramos repasar tres centurias de la historia moderna, y oponer al cisma de una parte de la vieja Europa las nuevas Iglesias católicas que descollaron casi inmediatamente en las dilatadas regiones del nuevo mundo: la palabra evangélica continuando su carrera y con ella sus conquistas; dando religion á los idólatras, costumbres á los bárbaros, leyes protectoras á los vencidos, vida y movimiento á cuanto perdonó en el furor de los combates la espada del vencedor: opondríamos la reforma de Trento, verdadero remedio espiritual para toda la Iglesia, á la reforma de Inglaterra, verdadero exterminio de las costumbres, de la ciencia y de la sociedad. Pero no tratamos, ni lo permite tampoco el carácter de nuestro discurso, de sondear esta profunda materia: nuestras reflexiones deben ser generales; y la experiencia de hoy nos basta por sí sola para exonerarnos de antiguos pormenores. El catolicismo triunfa sin cesar en los países protestantes, y triunfa sin armas, sin influencias, sin poder temporal: triunfa por el poder de su pensamiento, por la soberanía de sus principios, por la santidad de sus máximas, por la influencia benéfica y prodigiosa de su ministerio, por la majestad y pureza de su culto, por el imponente peso de sus viejas tradiciones, por la unidad inalterable de su doctrina, por la fuerza irresistible de la autoridad que la sostiene. ¡Y no mas que por esto! Digamos otra palabra: triunfa por la debilidad é impotencia de sus enemigos, por el espectáculo risible de sus antagonistas, por el escandaloso egoismo de los ministros protestantes, por la temprana decrepitud de ese culto, que como dice un autor célebre, presenta ya por todas partes los síntomas de una próxima disolucion.

## §. IV.

*Deducción final en favor de nuestros principios.*

La reforma protestante y sus desastrosas consecuencias, traen sin duda un origen mas antiguo que Lutero y Enrique VIII. No es hija de ellos propiamente hablando, sino de catorce siglos de preparacion intelectual y política. En ella vino á refundirse el espíritu de turbulencia que habia estado agitando continuamente al cristianismo. Le llegó su hora y tuvo gofes, esto es todo; y para que estallase el incendio, bastaban dos chispas arrojadas con cierta oportunidad. Aquellos dos personajes tuvieron su destino en los anales del error: no pasan de aquí los títulos de su funesta celebridad. Pero la reforma extrañaba pensamientos confusos, que bien se echaron de ver en tantos designios abortados; y esos pensamientos no podian á la verdad surtir su efecto sin tocar á todos los elementos de la sociedad. Afectaron pues el elemento intelectual, el elemento moral y el elemento político: el primero, desquiciando los principios; el segundo, minando la creencia; el tercero, viciando las instituciones sociales.

Los principios piden una institucion para la verdad dogmática; la creencia exige una infalibilidad en la autoridad docente, y la política, en su aplicacion mas general, reclama, como un gran elemento de subsistencia, la levantacion de los linderos inamovibles entre el poder espiritual y el poder temporal. Ahora bien, la reforma desquició los principios hiriendo la institucion, minó la creencia atacando la infalibilidad, arruinó la política borrando los límites que separan á ambos poderes y pretendiendo reunir en los gobiernos temporales los dos poderes, esto es, el que rige la sociedad civil y el que rige la sociedad religiosa.

Mas la reforma ¿qué necesitaba para esto! emancipar la razon para sobreponerla despues á la fé, probar en el criterio de la primera la verdad de la segunda, y hacer, en suma, que la creencia siguiese las condiciones del raciocinio, la moral las prescripciones del poder público, y la política las consecuencias del despotismo espiritual. Estas observaciones explican perfectamente las vicisitudes de las Iglesias y sociedades protestantes, no ménos que la inalterable concordia, la unidad compacta, el poder irresistible y los triunfos constantes de la Iglesia católica.

Saquemos pues la última consecuencia: el protestantismo camina sobre la independencia y libertad absoluta de la ra-

zon, y se destruye por sí propio; la sociedad católica camina sobre la concordia estrechísima de la razon natural con la lei revelada, y triunfa siempre, y se afirma de continuo, y progresa sin cesar.

## CAPITULO XXIII.

CUARTA EPOCA.—EL SIGLO XVIII.—REFLEXIONES GENERALES.—RELACIONES ENTRE LA REFORMA, LA FILOSOFIA DEL SIGLO XVIII Y LA REVOLUCION FRANCESA.—DEDUCCION GENERAL EN FAVOR DE NUESTROS PRINCIPIOS.

De la época de la reforma debemos pasar, segun el órden que nos hemos propuesto, al siglo XVIII, tiempo en que, segun sabe todo el mundo, vino á dar su estallido esa revolucion filosófica y política, que lejos de mirarse como un suceso improvisado por las circunstancias, debe tenerse como un acontecimiento que venia ya preparado desde el siglo XVI. La lucha de las opiniones y de las doctrinas se va comprometiendo insensiblemente, lo mismo que una accion dramática. En sus principios tal vez no se anuncia con caracteres alarmantes; mas á medida que progresa va presentando diversas vicisitudes, durante las cuales el triunfo aparece mas ó ménos cierto, segun las circunstancias locales y políticas, el carácter de las opiniones reinantes, la tendencia de los intereses comunes, la rectitud ó extravío de las doctrinas, la debilidad ó firmeza de la creencia, &c. &c. Pero esta aplicacion tenaz de la fuerza intelectual, no puede mantenerse estacionaria, y en la carrera de la polémica hai un término del que no es posible pasar. Llegase á este punto crítico, y entónces es cuando estallan las grandes revoluciones filosóficas, y cuando, confundidas en un abismo comun la moral pública, las opiniones diversas, las doctrinas mas contradictorias, las tradiciones políticas que afianzan las instituciones antiguas, y las teorías nuevas que pretenden arruinarlas, se da el toque funesto de alarma universal, y el hierro y el fuego vienen á consumir la empresa que ya tenian acometida los pensamientos y las pasiones. Bajo este punto de vista es preciso colocarnos para distinguir un tanto las relaciones históricas de la filosofía del siglo XVIII con la Jurisprudencia universal. “La explosion fué verificada en 1789: la mayor parte creyeron que la revolucion comen-